Un Atlas eslavo
(Aleksandr Pushkin)

¿Quién sabe lo que es la gloria?
¿A qué precio él pagó el derecho,
la posibilidad o la gracia
de tan sabia y finalmente
burlarse, callar misteriosamente
y a un pie piecesito llamar?
AJMÁTOVA

El siglo XVIII se extingue entre sus paradojas (1799): la esperanza revolucionaria perfila su futuro entre los ideales, los vaporosos derechos del hombre y el terror de los revolucionarios. La anquilosada monarquía aún no concluye su muerte. Europa es el espejo del mundo, Napoleón su conquistador.

La idea que renace cuando los nueve se unen (99), aún hoy, a más de dos siglos, no la superamos. Unos años antes se incrementan dos polos, los fantasmas acrecientan su poder y sus temores son el eco de las más arcanas supersticiones: por un lado, la idea negativa en el sentido de *mea culpa*, la extinción; por el otro, la positiva posibilidad de ser *otro*, de fraguar sobre un hombre sin rostro y desconocido la misión de encontrar nuevas alternativas, eterno grial.

En ambos casos las expectativas y las reminiscencias viven. Un doble paradigma abre una concepción del mundo: la Revolución francesa (1789), simbolizada por la angélica tríada (libertad, igualdad, fraternidad) y la afamada reunión de los pensadores alemanes del Círculo de Jena (Schelling, Hegel y Hölderlin) que ofrecieron su programa sobre el idealismo (1795) y, por supuesto, el ánimo de realizar estudios con carácter científico sobre casi todos los temas universales. Por ejemplo, en esos años, Robert Malthus escribe su

Ensayo sobre los principios de la población (1798) como preocupación sobre los nuevos caminos del conocimiento, ensaya la casi ciencia, como profeta con la idea de evitar la pobreza en el mundo. El orbe configura un nuevo rostro que todos sabemos no será nunca definitivo ni hermoso.

El implacable tiempo no conoce piedad pues es un simple proceso, pero tampoco tiene poder sobre los grandes hombres, desafío que la ciencia está imposibilitada de enfrentar. Miles de hombres nacen todos los años, pero el filtro de la memoria sólo retiene algunos que, con el paso de los años, crecen y como los árboles hinchan sus troncos, riegan sus semillas. De ellos nacen pueblos enteros, o por lo menos, los rasgos que definen lo que son: el siglo XIX inventa el alma popular.

Al oriente de Europa, un gigante medieval atrapado en sus propias raíces no quiere vivir aislado, su lengua se mueve temerosa entre el alemán y el francés y sus monarcas titubean al mirar a su oscuro pueblo: *la amada Rus*. En una rancia familia, Serguéi Lvovich, hombre envuelto en la cultura francesa, y Nadedja Osipopva, descendiente de un africano avecindado con el inmenso imperio, darán a luz, en Moscú, al hombre que hará lo propio con una nación.

El mundo mira a otro gigante: Aleksandr Serguéyevich Pushkin. Nacía otro hombre de esa estirpe que, Turguénev –en concordancia con Flaubert–, llamaba como "hombres de la humanidad". Sólo los gigantes crean gigantes, sólo los héroes enfrentan a los héroes.

Sus padres no sabían que ese pequeño provenía de la vena de aquellos grandes demiurgos del mundo, hombres que con la lengua construyen naciones y que con su canto, la esencia y la belleza toman cuerpo; ya Mérimée –le escribía a Iván Turguénev con relación a Pushkin– decía que "su poesía busca ante todo la verdad siendo la belleza una consecuencia lógica".

En el principio está el verbo. Homero, Virgilio, Dante, Cervantes, Shakespeare, Molière y –el hombre nacido cincuenta años antes que Pushkin– Goethe, no sólo tendrían el verbo, también se acercaban al sol al igual que el poeta de San Petersburgo. La arquitectura con que imaginaban al mundo conjuntaba, a través del poeta eslavo, la nueva imagen del Oriente. Las lenguas –espejos de las afecciones del alma– como el griego, el latín, el español, el